

LEJOS QUEDA EL AMANECER

- Crónicas de Addwin Azerh-Barath -

LIBRO SEGUNDO

LA CUEVA DEL DRAGÓN – NARRATIVA FANTÁSTICA

jordi@jordicasas.xyz

www.jordicasas.xyz

LEJOS QUEDA EL AMANECER (Crónicas de Addwin Azerh-Barath - Libro segundo)

Copyright © 2024 Jordi Casas Bolet

Diseño, maquetación y rotulación: Jordi Casas Bolet

Ilustración de la cubierta: Cubierta aún por definir

Los derechos de este libro quedan reservados exclusivamente a su autor. Puede dirigirse a él para solicitar autorización si desea utilizar alguna parte de su contenido.

Impreso bajo demanda por Amazon

LEJOS QUEDA EL AMANECER

Crónicas de Addwin Azerh-Barath

LIBRO SEGUNDO

JORDI CASAS BOLET

La cueva del dragón

(Narrativa fantástica)

Un hombre puede sangrar.
Mil hombres tal vez morir.
Pero ninguna de sus muertes es vana
mientras tengan libertad
para su destino elegir.

– el autor –

LOS DRAGONES

El enorme dragón de escamas azuladas respiraba de forma entrecortada mientras plegaba las alas en sus flancos y trataba por todos los medios de permanecer en pie. Estaba agotado, la vista se le nublaba y percibía cada vez más cerca su fin. Sin embargo, lo que más odiaba de todo ello era ver que su adversario seguía ante él, contemplándolo con una mezcla de desprecio y diversión en su rostro, y tal vez evaluando las pocas reservas de energía que todavía quedaban en su alma.

Blackfire miró a su alrededor y el odio creció en su corazón de reptil. Muchos de sus hijos se hallaban allí. A su alrededor, sin vida. Mutilados sin razón alguna; una razón que jamás daría sentido a su pérdida y que ardía dentro de Blackfire alimentando su odio y su impotencia que crecía dentro de él como lo hacía la Madre Tierra en el interior de un volcán en erupción. Sus ojos no dejaban de contemplar aquél ser ataviado de oscuro que le devolvía la mirada; un humano joven; de tal vez veinte años pero carente de toda emoción que hace humano al hombre. Un ser sin alma; quizá sin corazón que conjuraba la esencia etérea de la creación con la misma facilidad con la que él podía lanzar fuego por sus fauces. Sus ojos eran grises; del color habitual en un hechicero. Sin embargo había algo estremecedor en ellos y Blackfire lo vio antes incluso de que aquel enfrentamiento comenzara. No podía explicarlo con palabras, ni siquiera en aquellos instantes en los que, casi arrodillado y sin apenas ser capaz de emprender el vuelo para efectuar un nuevo

ataque, temía por su vida y por la de todos los de su sangre. Aquel muchacho despedía una extraña locura y una esencia mortecina le rodeaba como un sudario de odio y olvido. Incapaz de extender sus alas; ni siquiera gritar de impotencia o de desprecio, el majestuoso dragón abrió sus fauces y la lengua viperina asomo durante unos instantes por entre sus colmillos. El sabor de la sangre se perdía entre ellos; la propia sangre que resbalaba lentamente por sus escamas hasta caer con un leve tintineo en el suelo ocre bajo sus patas de reptil.

-¿Qué me dices, Blackfire?- musitó el ser ataviado de negro con una voz profunda y oscura casi sacada del Infierno- ¿Aceptarás mi propuesta?

-¡Jamás!- terció el dragón escupiendo verde sangre y tratando de erguirse con orgullo pese al dolor de todo su cuerpo- Nunca me someteré a ti. Ni yo ni ninguno de mis hijos.

-Eres terco, Blackfire- el hombre vestido de oscuro y cuya mano sujetaba el más negro cayado que el dragón azul había visto en su vida meneó la cabeza y soltó un leve suspiro al añadir- Y es precisamente esa terquedad y esa obstinación lo que necesito de vosotros- se acercó al reptil y le acarició el enorme hocico escamoso teñido de verde- Te necesito, Blackfire. Y por ello odiaría tener que matarte.

-Puedes hacerlo si te place- masculló el reptil retrocediendo unos pasos para alejarse de su adversario y preparando una llamarada en lo mas profundo de su garganta- Puedes vencerme. Puedes matarme. Pero no conseguirás que me someta a ti.

El rugido se extendió por las Tierras Baldías como un trueno podría hacerlo en la madrugada y la llamarada brotó de él, mezclada con las escasas reservas de energía que todavía arrinconaba. El sol descendía lentamente por el lejano horizonte y la nube de polvo al extenderse lo eclipsó por completo durante largos segundos. Sus rayos dorados se perdieron como los árboles tras la niebla y el murmullo del rugido se tornó lentamente un breve rumor que se propaga por el espacio hasta desvanecerse por completo.

Blackfire percibía aún a su adversario pese a no poder verlo. Seguía ante él; sin siquiera inmutarse y sus ropas se sacudían como impulsadas por una corriente de aire sobrenatural que acompañaba sus ademanes.

Al desvanecerse el polvo y hacerse de nuevo el sol, los ojos del reptil lo contemplaron y toda esperanza de su corazón abandonó su semblante. Sus hombros de dragón se hundieron de frustración:

Blackfire era viejo, muy viejo. De todos los dragones que quedaban en Ghregis, Blackfire era el más anciano y el más sabio también. Le consideraban el padre de los dragones; un título que merecía llevar por su buen juicio y sus acertadas decisiones de vivir alejados de los hombres y mantener la paz con aquellos que en el pasado lucharon por exterminarlos. Los dragones eran pacíficos; no se metían en los asuntos de los pobladores del continente ni se inmiscuían en sus vidas. Quedaban pocos de ellos; apenas unos cientos y docenas de sus hijos yacían muertos a su alrededor por haber intentado defenderlo de aquella criatura de apariencia humana que se alzaba ante él, majestuoso y, del mismo modo, escalofriante.

Los labios de reptil de Blackfire se torcieron al contemplarlo: hermoso y funesto a la vez. Apacible en apariencia y seguro de sí mismo. Era grandioso contemplarlo; como si de un demonio de los infiernos se tratara o de incluso un dios del Averno más profundo. El viento sacudía sus ropas; un viento sobrenatural que únicamente soplaba a su alrededor; como un torbellino de energía arcana que crepitaba y se fundía con su cuerpo talmente el abrazo de una mujer en torno a su dulce enamorado.

¿Que podía hacer contra él? se preguntó. Aquel humano de largo cabello negro poseía un poder que jamás había percibido con anterioridad en semejante y ambiciosa raza mortal, y su mirada centelleaba de un modo en que solo podía hacerlo bajo el amparo de la locura más absoluta. Iba a morir en sus manos; Blackfire lo sabía. Se resistiría a su propuesta y perdería la vida defendiendo sus convicciones: La paz. La libertad. Seguir viviendo en la tranquilidad de sus moradas, sin inmiscuirse en los asuntos de los hombres. Gracias a sus ideales había logrado preservar su raza del temor y la ambición del ser humano; ya no eran perseguidos y la gran mayoría habitaba en las Tierras Baldías precisamente porque apenas había humanos allí. Sus hijos vivían en paz y armonía con el Universo y la Creación. Y si su muerte servía para seguir viviendo como soñaban, entonces estaba dispuesto a morir por ello.

-Vamos, Blackfire- el Hombre Negro habló con un hilo de voz pausado y apaciguante, talmente estuviera hablando con un muchacho desamparado que aún no ha superado la muerte de sus padres- Se razonable.

-¿Razonable?- el dragón se enfureció- No aceptaré tu propuesta. Estás loco y tu locura te perderá. Nunca me prestaré a lo que me pides. Ni yo ni ninguno de mis hijos.

-Solo hablas de tus hijos- masculló el hombre de negro con ironía y

señalando a su alrededor- Míralos. Están muertos. Y pronto lo estarás tu si sigues despreciándome como lo haces.

Las alas de Blackfire se abrieron como los pétalos del pensamiento, y de nuevo y durante unos segundos mostró aquella magnificencia y arrogancia que antaño le caracterizó. Tal vez era viejo y decrepito. Quizá apenas conservaba fuerzas para luchar. Pero su orgullo herido le daba una fortaleza que pocos sentimientos aparte del odio eran capaces de igualar.

Su adversario tomó semejante gesto como un desafío. Sin embargo, en vez de escandalizarse se sintió satisfecho e incluso aplaudió al percibir el enorme potencial que crecía dentro de él al alimentar una nueva llamarada en lo mas profundo de su ser. El ente funesto permitió a Blackfire desahogarse y dejó que la enorme masa de fuego y azufre brotara de su garganta junto a su rugido de desprecio. La diversión era grata, mas estaba llegando el momento de ponerle fin a su juego.

El cuerpo del Hombre Negro se desmaterializó ante la mirada angustiada de Blackfire, y su llamarada se perdió en el insondable vacío que quedó detrás de él. Al instante se materializó de nuevo; en su espalda, lejos de su alcance y el poder de su alma rasgó la quietud del Espacio- Tiempo-Realidad cuando las energías de los cuatro elementos de la creación obedecieron su voluntad.

El dolor sacudió cada una de sus escamas al notar el relámpago impactando en su espalda; por debajo de sus alas, en un punto desconocido para los hombres donde su protección natural era más débil. Sintió la punzada extenderse por todo su cuerpo y el grito que sus fauces lanzó pudo oírse perfectamente desde todos los confines de las Tierras Baldías e incluso más allá de sus fronteras. El sufrimiento de Blackfire se prolongó durante escasos segundos y el rayo y su poder se desvaneció como por encanto pocos instantes después. Sin embargo su cuerpo gigantesco permaneció varios segundos de pie, antes de desplomarse con un ruido sordo y perder e1 conocimiento en el instante de tocar el suelo.

-Acepta mi propuesta- masculló el ser oscuro con un deje de arrogancia en su voz- Sé el estandarte de mi poder y extiende mi palabra por todos los confines de Ghregis.

Blackfire no contestó. Seguía con vida; en un mundo lejano donde el dolor dejaba de serlo y la mente se refugiaba del sufrimiento y de la sin razón para abrazar un sueño febril en el que la nada lo era todo y el todo carecía de fin. Pese a ello oía con claridad las palabras de su adversario; martilleando en su subconsciente o tal vez

haciéndolo dentro de su cerebro de forma telepática. Permaneció varios minutos el dragón inmóvil en semejante estado, y al levantarse por fin y mostrar su mirada de odio contenido, el Hombre Negro no pudo evitar soltar un bufido de admiración.

-No tienes poder sobre mí- murmuró con marcada dificultad el reptil- No quebrarás mi voluntad mientras me queden fuerzas para enfrentarme a ti.

Su adversario humano meneó la cabeza y se acarició la barbilla con talante pensativo. Aquél juego carecía ya de sentido y su poder crepitó en su alma no humana hasta el punto de amenazar con escapar de su control. Lo cierto es que necesitaba a los dragones, aunque no le eran imprescindibles para su cometido. Pero mentiría si le dijera a Blackfire que no admiraba sus habilidades y su fortaleza inquebrantable. Aquella raza poseía aptitudes que el Hombre Negro ansiaba controlar. Con la estirpe draconiana a su servicio el juego que estaba preparando sería mas apasionante de lo que su mente planeaba, y su garra se extendería con mayor velocidad y eficacia que si lo hacia sin su ayuda. Los ojos del Oscuro contemplaron a aquel ser de escamas azules y se maravilló de su fortaleza y de su terquedad: Lo vio completamente agotado. Apenas lograba levantarse y, pese a ello seguía tratando de reunir su mermada fortaleza para simplemente alzarse con orgullo ante él. Y lo consiguió notablemente. Pese a sus heridas. Pese al dolor, el dragón de escamas azules se alzaba ante él con toda la magnificencia de su sangre y el Hombre Negro aplaudió tal obstinación. Admiraba la actitud inquebrantable de aquel dragón que le miraba sin siquiera saber si podía realmente verle, y suspiraba por tenerle a su servicio para que obedeciera su voluntad y llevara su palabra donde su Dios merecía que fuera llevada.

Aborrecería tener que matarlo. Francamente, sentiría tener que acabar con la vida de Blackfire.

Mas no le estaba dando otra opción.

Y el Espacio-Tiempo-Realidad del lugar se rasgó al oír el cosmos la llamada del nigromante implorándole que obedeciera su orden:

La mano del hechicero empezaba a iluminarse con un fulgor azulado cuando los rugidos de varios dragones rompieron el silencio que se había hecho entre ambos. Los ojos del reptil y del propio hechicero oscuro se desplazaron hasta el punto del cielo del que procedía semejante rumor y los dos sonrieron, aunque de modos completamente opuestos al verles cortar la tarde acercándose veloces en su dirección.

-Se acerca tu fin- mascullo el enorme dragón contemplando el cielo y dejándose embargar por la esperanza- Mis hijos acabaran el trabajo que yo no he podido terminar.

Ochenta eran los reptiles que volaban hacia ellos en perfecta formación. Como una saeta lanzada desde un arco gigantesco los dragones dibujaban una flecha en el cielo y el rugido que semejantes bestias lanzaron al infinito no tardó en extenderse por gran parte de Ghregis. Al frente de ellos volaba el mas hermoso dragón que el Oscuro había visto en su vida. Un dragón siniestro; negro como noche de invierno y cuyas escamas centelleaban de un modo similar a como lo hacían las mismísimas estrellas en el firmamento. Su porte era distinguido y a la vez arrogante, y el resto de sus hermanos de raza le seguían, del mismo modo en que le hubieran seguido de haberse dirigido a los confines del Inframundo para enfrentarse a un funesto destino.

Como si de un libro se tratara, el nigromante leyó el alma de aquel nefasto reptil. Percibió la fortaleza que destilaba; el poder, la sabiduría y el orgullo que posiblemente había heredado de Blackfire y por ello no pudo evitar regocijarse. Aquel dragón era perfecto para sus planes. Más joven que su padre azul. Con el mismo deseo de dar lo mejor a sus hijos y no permitir jamás que nada ni nadie les hiciera daño como en el pasado sucedió. Había un espíritu libre anidando en cada dragón, y ese espíritu se hacia eterno en esa bestia de escamas negras que en aquel instante rompía la formación y descendía hasta ellos, produciendo con sus alas un estremecedor sonido y un viento avasallador.

En aquel instante todo tuvo sentido para el nigromante. Aquella era la bestia a la que tenia que doblegar. El espíritu de Blackfire solo veía el pasado y apenas prestaba atención al presente; era viejo y poco le quedaba por perder. Pero ese dragón negro... El Oscuro soltó una carcajada a los cielos al imaginárselo a su servicio. Ese dragón negro, muchos siglos mas joven que su padre era capaz de extender su mirada al infinito y contemplar con facilidad el futuro; el mas grandioso futuro que podía esperar ningún hijo de Ghregis.

Y fue hacia él que centro su atención, no sin antes dirigir un ultimo sortilegio a su mermado adversario:

En el momento en que las garras traseras del dragón de escamas negras arañaban el suelo, el hechicero extendió su mano hacia el cielo y sus ojos se tomaron rojos como sangre derramada en un violento campo de batalla que nadie recordaba ya. La esencia del Mal y del Cosmos crepitó a su alrededor, y en apenas unos segundos

liberó el poder de los cuatro elementos de la creación que se manifestaron en forma de rayos e impactaron violentamente contra el viejo y moribundo Blackfire.

El recién llegado dirigió la vista hacia su padre y su mirada se encendió de ira y de preocupación. Cubrió los pocos metros que les separaban con un solo gesto de sus alas y sin apenas dirigir atención alguna hacia el ser ataviado de negro que permanecía impassible a escasos metros de ellos, se inclinó ante Blackfire, el cual apenas respiraba.

-Padre...- murmuro con un deje femenino en su voz.

-Blackflame- dijo con dificultad y apenas abriendo uno de sus ojos para verla- Mi tiempo se acaba...

-No digáis eso, padre- una lágrima de cristal descendió por uno de sus ojos y cayó lentamente al suelo- Os necesitamos. Estaremos perdidos sin ti.

-Cuida de ellos- murmuro Blackfire en un hilo de voz- Te seguirán. Te respetan y te aman, y en tus manos está su continuidad- sus ojos buscaron los de Blackflame y una de sus garras se cerró en su hombro de reptil. Con marcada dificultad prosiguió- La raza de los dragones te necesita, pequeña. Una maldición se cierne sobre todos vosotros. Debes luchar contra ella. Debéis sobrevivir...

Los ojos del anciano dragón azul se cerraron y el cuerpo sin vida de Blackfire reposó entre las garras de la mayor y la más querida de sus hijas. Ésta lanzó un rugido de frustración y recuerdo a los cielos; un rugido al que contestaron todos los dragones que se hallaban allí, y también todos los reptiles que volaban y habitaban por todos los rincones de Ghregis que se añadieron a su dolor y le rindieron despedida. Los ojos de Blackflame se cerraron en un gesto de respeto y segundos después se incorporó. Dejó el cuerpo de su padre en el suelo y sus alas se extendieron en un ademán que el Oscuro encontró impresionante y cargado de hostilidad.

-Blackfire era mi padre- exclamó el reptil negro dirigiendo la mirada hacia aquel humano delgado y en apariencia insignificante cuya juventud contradecía notablemente el potencial que su alma eterna irradiaba como los mismos rayos del sol al amanecer- Te haré pagar por lo que has hecho, seas quien seas.

-Estoy ansioso por verlo- soltó con desafío el humano dirigiéndole un gesto prepotente con una de sus manos- Libera tu odio en mí y acaba conmigo si crees que puedes hacerlo.

Un nuevo rugido brotó de la garganta de Blackflame y su llamarada no tardó en asomar a través de sus fauces draconianas. Como si su

rugido hubiera sido una señal dirigida a los restantes dragones que seguían cruzando el cielo en círculos, todos ellos devolvieron su grito de vigor, y sus llamaradas se concentraron en un único punto del suelo; donde aquel hechicero, con su apariencia funesta y pausada y empuñando su largo cayado contemplaba a aquel dragón negro con una extraña expresión de deseo y satisfacción en su rostro pálido y a la vez siniestro.

Las llamas de los ochenta dragones impactaron contra el Hombre Negro, que ni siquiera se apartó de su trayectoria ni se protegió. Una densa nube de polvo, azufre y fuego le rodeó de un modo estremecedor formando una esfera en la que ni siquiera un dragón hubiera logrado sobrevivir y las llamas se avivaron al lanzar el dragón hembra una segunda llamarada hacia él.

Durante minutos el fuego ardió como en el mismísimo Infierno decían que lo hacía, y las llamas se elevaron varios metros hacia el cielo talmente se tratara de una pira funeraria que devoraba los restos de un monarca de Ghregis. La mayoría de los dragones que volaban en torno al campo de batalla descendieron hasta tocar el suelo con sus garras, y muchos se acercaron al caído Blackfire para rendir un gesto de respeto o una sencilla inclinación de cabeza que acompañaron de una sentida oración.

El fuego en el que el nigromante se consumía parecía una antorcha colocada en un altar para rendir homenaje a todos los dragones que habían perecido de forma innecesaria en aquel nefasto campo de batalla y no fueron pocos los reptiles que se dijeron hasta creérselo que todo había terminado por fin. Sin embargo, los ojos brillantes de Blackflame contemplaban las llamas con una sombra de duda en su mirada reptiliana y sus escamas se agitaron al percibir el poder creciente de aquél humano sin nombre que crepitaba del mismo modo en que lo hacían las llamas al devorarlo.

El ser funesto ataviado de negro seguía vivo bajo aquel fuego de llamas rojas y azules. Y su poder crecía al igual que lo hacía su ira y su desprecio.

Y fue entonces, con la atención de la mayoría de los dragones centrada en rendir un último adiós al que fuera llamado padre de todos ellos cuando al fin el Oscuro utilizó las energías de la creación. El Espacio-Tiempo-Realidad de Ghregis se sacudió como atravesado por un rayo infernal que sacudió los cimientos del continente talmente un terremoto de proporciones universales lo sacudiera con furia desatada. Las llamas se apagaron como por encanto y la mirada carente de alma del nigromante taladró a todos los hijos de Blackfire.

A continuación, con la atención de todos ellos puesta en él, sus palabras rasgaron el álgido silencio en el que les sumió la incompreensión:

-Uníos a mí- exclamó la criatura de apariencia humana sin el menor indicio evidente de que las llamas le hubieran infligido daño alguno- Someteos a mi voluntad y caminaremos juntos hacia la gloria.

Blackflame se estremeció. Jamás había percibido semejante potencial en ningún hechicero de la historia del continente, y Blackflame no había conocido precisamente pocos durante su vida. Una maldad incuestionable habitaba en él; un profundo deseo de libertad y, a la vez, un deseo incomprensible de monopolizar esa libertad. No le fue ajena al dragón hembra de escamas negras la antigua y creciente locura arraigada en su mirada vidriosa y profunda, ni aquél afán de demostrar su supremacía a todas las razas de Ghregis para extender su verdad, fuera cual fuera ésta. La mirada del dragón se ensombreció y el odio creció en su corazón, así como un leve atisbo de miedo al que no le prestó atención. Sus alas se agitaron brevemente y su cuerpo musculoso se elevó a los cielos mientras se disponía a preparar un nuevo ataque.

A gran velocidad, impulsada por el aire gracias a sus poderosas alas, Blackflame ganó altura y descendió en picado con sus garras por delante. Sus zarpas se asemejaron a cuchillos vengativos centelleantes bajo el débil sol de inicio de primavera y su odio y su deseo de venganza crecieron en su interior al recordar las palabras que su padre acababa de pronunciar antes de sucumbir. Tenía que detenerle, se repetía en un susurro entrecortado que crecía en intensidad en lo profundo de su alma a medida que ganaba velocidad. Tenía que derrotar a ese engendro del diablo para evitar la vida de sumisión con la que parecía pretender maldecirles.

Descendió peligrosamente y utilizando su larga cola a modo de timón se abalanzó sobre su adversario. Durante apenas unos segundos Blackflame permaneció inmóvil en el aire cual libélula sobre las aguas de un estanque, y mientras sus garras se extendían hacia el hombre oscuro, sintió el sabor de su sangre en los labios al notar cómo sus cuchillas desgarraban la carne y el ser ataviado de negro se estremecía de dolor.

El rugido de poder que lanzó el dragón hubiera podido rivalizar con cualquier trueno en la madrugada, y el dulce sabor de la victoria fue el motivo por el cual Blackflame tardó en percatarse que su adversario apenas se había movido y que no mostraba su cuerpo

signo alguno de estar tan herido como habría esperado cualquiera.

Blackflame no comprendió. De forma literal paladeaba el sabor de la sangre y sus garras se hallaban teñidas de ella, incluso goteaba de forma copiosa hasta el suelo. Tenía que haberle herido; era imposible que hubiera soportado su arremetida. Fue entonces cuando se miró las garras y advirtió un nefasto detalle: La vista se le nubló al percibir que la sangre de sus garras era verde, no roja como habría esperado de una criatura de apariencia humana, y al desplazar su lengua bífida por sus labios de reptil sintió el calor de la sangre bañándole el rostro y cayendo lentamente al suelo al resbalar por su prominente hocico.

Se llevó los dedos al rostro y en ese momento sintió por fin el dolor. Tal vez había sido a causa de un inesperado sortilegio. Quizá se debió al poder casi infinito de aquella criatura aparentemente humana que le miraba con diversión. Pero Blackflame sintió con intensidad el dolor y al desplazar su mirada en derredor en un intento vano por comprender, descubrió que solo lograba ver con uno de sus ojos.

Su cuenca vacía le dolía de un modo punzante y eléctrico; como si un rayo le atravesara el cráneo y el dolor se tornara insoportable. La sangre manaba de la herida con insistencia y todos sus hermanos de raza la miraron con la incomprensión reflejada en sus pupilas, sintiendo dentro de ellos el mismo impulso de lanzarse en pos de su adversario para hacerle pagar semejante ofensa.

Ninguno de ellos se echó atrás. Excepto Blackflame todos los dragones se abalanzaron contra el humano y un estallido de energía sobrenatural se mezcló con el fuego y el azufre hasta que el sol volvió a desaparecer y la noche más oscura les rodeó completamente. En aquella extraña oscuridad únicamente rasgada por las llamas que seguían lanzando los dragones en derredor, pudo oírse una carcajada. Una estremecedora carcajada que se abrió paso a través de los rugidos de las bestias y se perdió hasta los confines del continente y las fronteras de la realidad.

La única pupila de Blackflame se desplazó hacia el último lugar donde había visto a su enemigo antes de desaparecer. El fuego ardía como teas funerarias en recuerdo de alguien que emprendió un solitario viaje más allá de la vida y del dolor, y sintió su presencia pese a que no podía verle. Su adversario seguía vivo. A la espera. Y muchos dragones cayeron muertos a su alrededor completamente calcinados y horriblemente mutilados.

Y a través de las llamas se oyó una voz. Unas palabras breves y estremecedoras que rasgaron el extraño silencio que les rodeaba y

pronunciadas en un tono desolador y cavernoso como salido de las profundidades de la tierra en la que los dragones habitaban:

-Únete a mí, Blackflame. Sé más inteligente que tu padre.

-Jamás me uniré a ti- el enorme dragón negro volvió a elevarse y descargó una potente esfera flamígera que impactó donde todavía se hallaba el cuerpo completamente cubierto de llamas de su peligroso y sobrenatural adversario. Al impactar en el blanco las llamas se desvanecieron y la voz nuevamente rasgó aquella quietud desde su propia espalda: con tono desafiante y carente por completo de ninguna de las emociones que hacen hombre a los humanos.

-Tu vida está en juego, Blackflame. Y también la de tus hijos. Acepta lo que te propongo o morirás igual que Blackfire- el dragón se dio la vuelta, y al mirar sus ojos enrojecidos por el poder y la locura volvió a estremecerse; sobretodo por sus siguientes palabras pronunciadas en un amargo susurro que solo ella logró oír- Han muerto muchos de tus hermanos. Y muchos más pueden morir. ¿Estas dispuesta a ello? ¿De veras estás dispuesta a sacrificarlos a todos y perecer como raza, antes de simplemente obedecer mi voluntad y unirme a mí?

Blackflame estaba confundida y se sintió tan sola como jamás lo había estado en su longeva existencia. Sus hermanos; los setenta y nueve yacían por todas partes y el silencio que rodeaba sus cuerpos era ensordecedor. El enorme dragón hembra estaba agotada y su herida seguía sangrando con copiosidad. Sus fuerzas eran escasas en aquellos momentos; no así sus dudas que crecían en su corazón al imaginarse a su estirpe completamente aniquilada por aquel ser infernal. Le había prometido a su padre que cuidaría de ellos y, sin embargo estaba permitiendo que todos ellos murieran sin tener siquiera un motivo para permitirlo; ni siquiera el más sencillo motivo para que algo así pudiera siquiera ser imaginado. Tenía que hacer algo. Tenía que decidir. Y el Oscuro, al percibir su duda se acercó al sangrante reptil y le acarició el hocico con suavidad para limpiarle la sangre y murmurar las siguientes palabras:

-No tienes otra opción, Blackflame. Sabes que vas a morir aquí. Y jamás sabrás qué les ocurrirá a los demás miembros de tu estirpe. Qué destino les aguardará. Emprenderás tu viaje al olvido preguntándote qué será de todos los dragones de Ghregis y puedes estar segura de que me aseguraré de que esa pregunta se repita en tu cabeza durante toda tu eternidad.

La mano del nigromante se acercó a la sangrante herida de su ojo y un calor extraño y a la vez agradable le recorrió la cuenca vacía hasta llegar a lo más profundo de su ser. Las fuerzas no tardaron en

regresar y Blackflame se sintió poderosa de nuevo. La herida de su ojo cicatrizó como por encanto y excepto por el hecho de tener una sola pupila, nada en su cuerpo delataba que había perdido tanta sangre o que su vida hubiera corrido peligro alguno apenas un instante antes.

-Puedo sanar tus heridas del mismo modo en que puedo infligirte de nuevas- le dio la espalda para permitirle unos segundos para pensar. Pero prosiguió con sus palabras- Conoces mi oferta y se que eres consciente de lo que espero de ti. Tus hermanos te seguirán porque eres la sucesora de Blackfire; su mas querida hija y depositaria de su legado. Y sea cual sea el camino que elijas, tus hermanos lo recorrerán contigo; tanto si les llevas hacia la vida como si les condenas a la muerte. Así que, Blackflame, dime. ¿Qué piensas hacer? ¿Volverás a enfrentarte a mí y sellarás tu destino y con él el de toda tu estirpe? O aceptarás mi propuesta y te arrodillarás ante mí para convertirte en mi estandarte.

El reptil se encogió de hombros y su única pupila contempló el cuerpo horriblemente mutilado de uno de sus hermanos de escamas rojas. El mago sin nombre seguía cerca de ella; con su poder crepitando en torno a él como una espiral de energías cósmicas y su alma ya no-humana le susurraba que emprendiera el camino que anhelaba su corazón recorrer. Seguir luchando significaría su muerte y si aceptaba su propuesta les esperaba la esclavitud. Era incapaz de decidir. El peso de semejante responsabilidad era un pesado fardo imposible de soportar. Blackflame podía responder por ella misma pero se sentía incapaz de decidir por todos sus hermanos de raza. La duda la consumía y el hecho de perder a su padre y amigo significaba que había perdido toda seguridad y toda paz que su alma y su existencia le pudieran otorgar. Se sentía perdida; como un navío en mitad de una tempestad y cuyas vergas amenazaban con partirse por la violencia del viento.

¿Que podía hacer? Se preguntó. ¿Estaba dispuesta a luchar y con su lucha perecer? El potencial de aquella criatura le superaba con creces: había superado con facilidad a ochenta dragones y estaba segura que podría superar a toda su raza incluso si se unían contra él. Percibía una fortaleza que iba mas allá de la nigromancia y la humanidad crepitando en aquél corazón humano. Parecía ser capaz de leer el alma de todos los seres: averiguar sus miedos y sus deseos; sus virtudes y sus defectos. Incluso sus pensamientos. El peso de la verdad cayó sobre ella del mismo modo en que lo hizo la responsabilidad en el momento en que su padre le susurró su último

deseo: Ninguno de ellos; ni siquiera luchando a la vez podrían hacer nada contra él. Era casi todopoderoso y se divertía como un niño jugando a su macabro juego. Aquel ser, fuera quien fuera tenía un plan. Un cometido; una razón para existir. Y, de un modo que no lograba comprender, su estirpe draconiana formaba parte de él. La cabeza de Blackflame negó con la cabeza al contemplar por enésima vez los cuerpos sin vida de sus hermanos de raza. El dragón fue la primera criatura en nacer. Los dioses les crearon, antes incluso que a los elfos, a los duendes o a los humanos. Si una raza hubiera tenido el derecho primerizo de existir en el universo, posiblemente sólo los dragones hubieran tenido tal privilegio. Y aquella criatura amenazaba con borrarlos de su existencia y tal vez condenarlos a un infierno que iba más allá de la muerte o la desaparición.

Su poder parecía ser capaz de algo tan impensable. Aquel ser de apariencia humana destilaba un potencial que acariciaba la divinidad. Y la duda entre la Mortalidad o la Esclavitud estaba ahora en sus manos, como la peor de las decisiones que nadie hubiera tenido que tomar hasta entonces. Sus colmillos efectuaron una mueca que bien podría haber sido una sonrisa torcida: ni viviendo tres veces sus tres mil años de vida hubiera imaginado que semejante elección; semejante destino se hubiera encontrado en sus garras.

Volvió Blackflame a negar con la cabeza y deseó que Blackfire se hallara a su lado para darle alguna respuesta; quizá un vago consejo. Necesitaba orientación y no había nadie, ni siquiera los dioses que pudieran ayudarla a aligerar el peso de su elección. Y mientras tanto, como si su cuestión fuera tan banal como la intensidad del viento sobre la hierba de una pradera, el nigromante oscuro permanecía de espaldas contemplando el Infinito y aguardaba con extraña paciencia una respuesta por parte de ella.

Dudó qué contestarle y simplemente eligió aquello que era lo mejor para todos ellos. Aquello que su corazón le susurraba y que pocos seres en el mundo serían capaces de comprender.

La carcajada que el Oscuro sin nombre lanzó a la tarde que terminaba se prolongaría hasta bien entrada la madrugada. La muerte teñiría de rojo Ghregis y nadie, ni los dioses, ni los hechiceros ni los dragones podrían hacer nada para detenerle.